

bio, conocemos un canto ceremonial que el citado Levy les escuchó; su música era de pito, flauto, flajolete de caña o carrizo, y tambor de bambú; y lo entonaban, sorda y melancólicamente, hombres y mujeres. Los versículos de las primeras eran acordes y a un compás lento; los de los hombres, más ceremoniosos: después de ingerir *ulung* —bebida embriagante de maíz que exhalaba un olor a queso, vinagre y alcohol— se reunían por la noche en círculos y al que le correspondía el canto se dirigía al centro del círculo tocando el tambor. Para ello, era indispensable llevar charreteras y gorra de pluma. Luego el cantor recitaba versos que, repetidos por sus compañeros del círculo, se alargaban cada vez más hasta que todos se enredaban y no podían continuar. Esta pieza, llena de una poesía extraña —señalaba Levy— concluía con una invocación a la luna.<sup>25</sup> Y dice:

¿Quién ha dicho que el sol era alegre?  
 ¿Quién ha dicho que el sol era alegre?  
 El que ha dicho que el sol era alegre no ha mentido  
 El que ha dicho que el sol era alegre no ha mentido  
 El que ha dicho que el sol era alegre no ha mentido  
 porque sin el sol es la noche y la noche es triste  
 El que ha dicho que el sol era alegre no ha mentido  
 porque sin el sol es la noche y la noche es triste  
 El que ha dicho que el sol era alegre no ha mentido  
 porque sin el sol es la noche y la noche es triste  
 puesto que a favor de su sombra todos los seres  
 todos los seres malignos se deslizan hacia sus víctimas  
 El que ha dicho...<sup>26</sup>

Los otros dos textos de los garífonos tienen un valor más antropológico que poético.<sup>27</sup> Los recogió el alemán Walter Lehmann a principios de siglo. Uno trata de la siembra de la yuca o casabe, alimento básico de su existencia:

Antes de sembrar, cortamos grandes árboles para dejarlos secar  
 Cuando ya están secos, comenzamos a pegarles fuego  
 Pero antes cortamos el monte para pegarle fuego  
 Cuando ya los quemamos, limpiamos la tierra  
 Cuando las cenizas están frías, comenzamos a cavar y a sembrar la yuca  
 Nosotros cortamos los retoños de la yuca para sembrarlos

Y el otro versa sobre la forma de sus entierros:

En tiempos pasados, cuando un caribe moría, lo enterraban  
 en su propia casa.  
 Ahora, cuando alguien muere, lo entierran afuera.  
 En tiempos pasados, cuando una persona fallecía,  
 era enterrada sin ataúd: los suyos le colocaban  
 una tabla debajo y otra arriba, y un plato  
 sobre la cabeza para evitar que le cayera  
 tierra en los ojos  
 Y lo enrollaban con sus cobijas

<sup>25</sup> *Ibid*, p. 307.

<sup>26</sup> *En Ibid*.

<sup>27</sup> *Facilitados por Wilibald Fredesdorf al autor.*

Finalmente, el rescate de las tradiciones orales de los indígenas que aún se conservan en Costa Rica data del siglo XX y se debe, ante todo, a Doris Stone.<sup>28</sup> En efecto, la antropóloga norteamericana recogió *Algunos ejemplos de la poesía y leyendas cósmicas indígenas de Costa Rica*. Se refiere a cinco canciones de los bribri —actualmente ubicados dentro del cantón Talamanca, provincia de Limón—, y a dos leyendas de los cabécares —que habitan a lo largo del río Chirripó, cantón de Turrialba, en la provincia de Cartago—. Junto a los guatusos —circunscritos a tres palenques en las llanuras del Norte, provincia de Alajuela—, borucas y térrabas, «indios» de Nicoya e «indios» de Tiquirrisí, completan el mapa de las escasas localidades indígenas de ese país centroamericano.

Salvo los «indios» de Nicoya —de raíces mesoamericanas— estas poblaciones tienen un origen etnolingüístico sudamericano, como lo han establecido sus estudiosos. De ahí las interrelaciones que les caracteriza y el apelativo genérico, para la mayoría, de talamancas, de quienes se han rescatado —y nosotros adoptamos en verso— dos tradiciones cosmogónicas:

## I

No había luz y los demonios eran los dueños del mundo.  
 Pero Sibú era el rey.  
 El jefe de los demonios dijo que haría luz  
 porque detestaba la oscuridad.  
 Sibú no estuvo de acuerdo.  
 Pero el jefe de los demonios hizo una luz pequeña  
 porque los ojos de los demonios eran de fuego  
 y podían apresar la luz en sus manos:  
 no podía alumbrar a larga distancia  
 pero era luz.  
 Sibú dijo que si no hacía algo los demonios creerían que eran más poderosos que él  
 y creó el sol  
 y lo creó de una forma que todos pudieran verlo  
 hasta las hormigas.

## II

Sibú vio unas plantas enraizadas en un excremento  
 y pensó que era bueno para cubrir todas las rocas  
 pues sólo rocas, nada más existía.  
 Y quiso saber quién había dejado el excremento  
 y halló a un vampiro que caminaba como un pájaro:  
 le preguntó qué comía para que en su excremento crecieran las plantas  
 y el vampiro le dijo que se alimentaba de la sangre de un jaguar  
 y que el jaguar vivía debajo de una roca.  
 Sibú quiso traspasar la roca, pero no pudo.  
 Llamó a Trueno, su primo,  
 y Trueno le dijo que se arrodillara y se tapara los oídos  
 y con tres soplos partió la roca.  
 Sibú vio que el jaguar estaba atado con un cordón a su abuela,  
 cortó el cordón y se llevó el cachorro.  
 Luego lo estrelló contra la roca

<sup>28</sup> Doris Stone: «Algunos ejemplos de la poesía y leyendas cósmicas indígenas de Costa Rica», en *La Pajarita de Papel, Tegucigalpa (Honduras)*, Núm. 2, 1949, pp. 18-21.

y lo hizo pedazos.  
 Cuando la madre regresó donde su cachorro  
 empezó a buscarle:  
 entonces Sibú vio un venado de madera  
 y lo transformó en uno de verdad  
 y el venado comenzó a llorar como un cachorro:  
 la madre corrió a su encuentro  
 y al darse cuenta que era un engaño  
 le estiró las patas y el pescuezo.

Por eso los venados tienen el pescuezo y las patas largas.<sup>29</sup>

De los bribbí, la Stone recogió una verdaderamente tierna «Canción de cuna» («Duérmete, no llores, / tu mamá se fue a buscar flores; / duérmete, no llores») y dos canciones «de angustia del pueblo» que hablan por sí solas:

Ahora estamos tristes  
 porque vamos a morir.  
 Vienen los blancos  
 y la tierra nos van a quitar.  
 Entonces nuestro pueblo  
 va a desaparecer.

Bebemos chicha  
 porque la chicha nos da alegría  
 y tenemos miedo de perder la tierra.  
 Por eso tomamos chicha  
 para olvidarnos.

Por su parte, los cabécares le confiaron a la misma norteamericana dos leyendas cósmicas; una de ellas es *La Historia de Mar, hermosa mujer* que, cortada en versos, reproducimos a continuación:

En el principio había una sola roca grande  
 y ninguna tierra.  
 Dios, a quien llamamos Sibú, hizo tierra para  
 que la gente india pudiera vivir.  
 Mandó una hermosa mujer, llamada Mar, para  
 ordenar a Trueno que viniera.  
 Y Trueno rehusó ir. Sibú insistió en Mar  
 hasta que ella fue embarazada.  
 Entonces Trueno decidió salir. Sibú le prestó  
 el bastón del cacique como guía.  
 Pero Trueno no lo quiso llevar. Dijo a Mar:  
 «Lo traes para mí, pero no lo dejes solo».  
 En la mitad del camino Mar dijo a sí misma:  
 «No entiendo por qué no puedo dejar este  
 garrote. Yo lo haré y veré qué pasa».  
 Al regreso había desaparecido el bastón.  
 Buscó en todas partes, pero no lo encontró.  
 Mientras estaba buscando una serpiente la  
 mordió y ella murió.

<sup>29</sup> Ambos textos en Jorge Eduardo Arellano: *La entrega de los dones. Managua, Ediciones Nacionales, 1978, pp. 74-75.*

Sibú arregló su cuerpo en un atado de entierro,  
 pero se hinchó.  
 Puso una rana encima del atado para oprimirla.  
 La rana tenía hambre y brincó para agarrar un  
 insecto que vio pasar.  
 Mar se reventó en el aire convirtiéndose en  
 árbol.  
 Su lindo pelo se transformó en hojas.  
 Allí la lora, la guacamaya y todos los pájaros  
 hicieron sus nidos.  
 El árbol voló hacia arriba y llegó hasta el  
 cielo, la casa de Sibú.  
 Esto le molestó mucho y mandó dos aves, Tijereta  
 y Pajarillo de agua, para coger la extremidad  
 del árbol y formar un círculo grande en el  
 espacio.  
 Cuando encontraron los dos cabos el árbol se  
 cayó, convirtiéndose en agua.  
 Las hojas llegaron a ser cangrejos.  
 Pero la gente india sabe que el ruido que oímos  
 por la playa  
 Es el del viento, que sopló las hojas hechas del  
 pelo de Mar, hermosa mujer.

Y los borucas —cuyos testimonios poéticos también fueron recogidos por Doris Stone en los años cuarenta— han sido objeto, últimamente, de una estupenda y completa recopilación, obra de Adolfo Constenia Umaña, a la que remitimos al interesado en las leyendas y tradiciones de esta cultura ágrafa existente aún en el Istmo.<sup>30</sup>

Concluyamos: tanto la literatura de los pueblos precolombinos de Centroamérica, como la poesía de sus actuales descendientes, constituye un tema digno de estudiarse y difundirse. Porque se trata de un acceso directo a la libertad —irracional o no— del hombre, de una fuente de goce estético en comunicación viva con la naturaleza y el misterio de la creación, con las bases materiales —el maíz y la yuca— de la existencia de sus pueblos y con sus propias historias abolidas o marginadas. En fin, de una experiencia no por primitiva menos fresca, graciosa e ingenua que la de nuestro tiempo.

**Jorge Eduardo Arellano**

<sup>30</sup> *Adolfo Constenia Umaña: Leyendas y tradiciones de los borucas. Narradas por Espíritu Santo Maroto. Introducción gramatical, comentarios, notas, traducción y fijación de texto, por Adolfo Constenia Umaña. San José, C. R., Editorial Universidad de Costa Rica, 1979.*